

141
4JAPONESES EN LA COSTA

José Agustín Goytisolo

El atún es un pez bellísimo y sabroso, muy codiciado, que ha sido objeto de una implacable persecución. Todos los años, al comenzar el verano, los atunes dejan el Atlántico y entran en el Mediterráneo para desovar. Al ver que su número disminuía de modo alarmante, una comisión internacional estableció una veda, de mayo a octubre, para que pudiesen reproducirse. Yo he estado en una almadraba de retorno, en la provincia de Cádiz. Desde una plataforma flotante pude ver los corchos y boyas que sostenían una red laberíntica, en forma de caracol, que conducía a los atunes que se tropezaban con ella, en su viaje de vuelta al Atlántico, hasta una gran bolsa de malla que llaman el copo. Los atunes son enormes: un ejemplar adulto mide entre tres y cinco metros. Son de color azul de acero, con flancos grises y vientre plateado, y su peso se acerca a los quinientos kilos.

Por supuesto, ésta no es la única forma de pescar el atún, ya que se suele emplear un arte de pesca llamado pallangre, consistente en una línea de anzuelos cebados sumergidos, que se sostiene mediante cuerdas atadas a grandes boyas, que se controlan desde los barcos atuneros. Cada línea puede tener 2.000 anzuelos.

Pues bien, dos de estos grandes barcos fueron avistados y denunciados por el buque Sirius de la organización Greenpeace cuando pescaban atunes este pasado verano, en plena veda y frente a las costas españolas. Figuraban como matriculados en Honduras, pero eran japoneses, piratas japoneses que vendían los atunes a una empresa japonesa radicada en Las Palmas de Gran Canaria. El sol naciente de las nárrices.